

# Cordobeses de ayer y de hoy

## Cincuentenario de Manuel Reina

El 11 de mayo de 1905 falleció en su casa de Puente Genil el ilustre poeta parnasiano Manuel Reina. Tenía 48 años de edad y era a la sazón Diputado a Cortes por Lucena del partido conservador. Dejó tres hijos, Manuel, Francisco y Luis Fernando. Colaboraba en las principales revistas y publicaciones contemporáneas y editó varios volúmenes de poesías. El ilustre autor de «La vida Inquieta» es una de las más puras glorias de la provincia de Córdoba y en el cincuentenario de su muerte ha sido evocado en diversos actos literarios. Nuestra Academia le dedicó su sesión del 21 de mayo, con intervenciones de los académicos Castejón, Enriquez y Molina.

## Cincuentenario de Valera

En la sesión académica del 23 de abril, el Director señor Enriquez Barrios dedicó un sentido recuerdo necrológico en el cincuentenario de la muerte del eximio egabrense Don Juan Valera. La prensa nacional evocó con este motivo la vida y la obra del ilustre polígrafo, y en su pueblo natal hubo diversas conmemoraciones que culminaron el Día de Valera, celebrado en Cabra el 24 de junio, con intervención académica de Don Rafael Castejón, Don Vicente Orti, Don Juan Soca y autoridades de Cabra.

## Don Juan Valera, Filósofo

Por JUAN ZARAGÜETA

No creo equivocarme al suponer que el simple epígrafe de este artículo haya de constituir, para no pocos admiradores de don Juan Valera, un motivo de extrañeza. Familiarizados con el arte mágico del novelista, el agudo juicio del crítico o las sabias disertaciones del académico en torno a los valores literarios, no han podido fácilmente barruntar que a tales dotes se sumara, en la persona del insigne escritor, la condición severa de pensador filosófico, un tanto refractaria, al parecer, a la risueña amenidad propia del ambiente espiritual en que el ánimo se rinde subyugado al encanto soberano de las musas. Y, sin embargo, así es. En la edición de las «Obras Completas», de don Juan Valera, editadas en 36 volúmenes por la Imprenta Alemana, de Madrid, las de carácter filosófico no son menos de tres, y no es inoportuno les echemos una ojeada en este cincuentenario de la muerte del gran literato.

Lo primero que se advierte en Valera, a despecho del «burla burlando» con que parece hincar el diente a las disciplinas filosóficas, es el altísimo concepto que le merecen, la pasión y el santo entusiasmo que en él despiertan, tales que «no dejan oír con calma ni consienten, por un solo instante, el menor aserto impío y blasfemo que redunde en menoscabo de ciencia tan venerada». De ahí su aflicción ante el abuso, tan frecuente en España, de llamar «filosofía» a cualquier cosa; de ahí su ánimo de desterrarlo, de acabar con semejante profanación; si bien confesando ingenuamente su debilidad por la filosofía, siquiera sea la primeriza, improvisada y ensayista hasta rayar en el delito frustrado, a que le arrastra el ejemplo contagioso de su compañero de armas y fatigas filosóficas, don Ramón de Campoamor.

Verdad es que Campoamor, algunos años más tarde, pudo muy bien para sus adentros poner en tela de juicio la sinceridad de estos fervores filosóficos cuando, echándose las manos a la cabeza, según nos cuenta, lleno de estupefacción, denuncia a los cuatro vientos la partida de defunción, que a él se le antoja doble asesinato, extendida por don Juan Valera a nombre de la metafísica y de la poesía, con la siguiente rotunda tesis, que es todo un reto lanzado al rey de la creación: «la metafísica es una ciencia inútil y la poesía el arte inú-

til». Siguióse una empeñada polémica sobre tal tema entre ambos escritores, viniendo a aclararse por Valera que, lejos de ser la filosofía inútil en el sentido inferior en que lo son las cosas que nada valen, lo es en el excelso que corresponde a las disciplinas liberales que no sirven a otras, antes son por ellas servidas como sublime término a que es capaz de elevarse la humana naturaleza en el ápice de su vida contemplativa. Campoamor se dió por satisfecho.

Pero a todo esto Valera, si rinde un homenaje supremo a la filosofía y a su más alta expresión que es la metafísica, se refiere a una metafísica «inconcusa, evidente y sola», es decir, apoyada en sólidos e incommovibles cimientos, a cubierto de toda agresión de crítica disolvente. ¿Qué pensar de esto? ¿Cabe hablar de «convicciones filosóficas» del gran literato? Doña Emilia Pardo Bazán, en el precioso estudio que dedica a Valera en sus «Retratos y apuntes literarios», después de ponderar la cultura filosófica de don Juan, si bien regateándole el título de filósofo y aun de pensador habitual, dejó escrita esta frase sobre el fondo doctrinal de su pensamiento: «No busquemos además la convicción: Valera confiesa que no la posee».

En distintos pasajes de sus obras recoge Valera esta acusación de escepticismo, por lo visto bastante generalizada. Desde luego, Valera se precia más de crítico que de dogmático, y en este concepto se advierte en él, sin alardes de erudición, un conocimiento muy suficiente de los múltiples y variados sistemas filosóficos que la Historia nos ofrece. Pero lo que llama sobre todo la atención es la amplia y generosa manera de enjuiciarlos, y lo que él mismo denomina «entrañable panfilismo» o manía de poner a todo el mundo de acuerdo. El fértil y hospitalario ingenio de Valera circula a través de los sistemas que critica como abeja de flor en flor, libando las armonías con preferencia a las disonancias y barruntando la trama sutil y misteriosa de la «filosofía perenne», en que le aparecen todos ensartados como facetas y cambiantes del único diamante de la Verdad absoluta. Más que el del «escéptico» se hubiera adjudicado Valera a sí mismo el papel de «ecléctico», si no le apareciera un tanto desacreditado tras de los frustrados ensayos que en tal sentido nos ofrece la Historia.

Pero, ¿se da, en efecto, en alguna parte ese oro puro de la «metafísica perenne» formulable en términos precisos y depurados de toda escoria de sistemas deleznable? El pensamiento de Valera sobre tan importante extremo nos aparece fluctuante e indeciso. Quizá para Valera, la tan asendereada «filosofía perenne» sea cosa más del

porvenir que del presente; algo que se está constantemente haciendo sin que se pueda jamás decir que esté hecho, algo «inenarrable, in-comunicable e informe», como él mismo la califica. Desgraciadamente, aún en este concepto, parece a menudo flaquear el natural optimismo de don Juan Valera. Para él la metafísica es «una empresa en la que no hay aún, ni habrá en mucho tiempo, más dividendos que gastos y esperanzas.» Personalmente, no vacila en confesar, con harto dolor de su ánimo, que no hay metafísica que considere como verdadera. No obstante, sigue proclamando a la filosofía como «una aspiración inevitable, una necesidad ineludible, la esencia misma de la vida del espíritu, el origen de su actividad, el oculto venero de donde brota su energía, la primera ley que marca su dirección.»

A impulsos de semejante estímulo, don Juan Valera se decide a lanzarse a la aventura, para ver «si sacamos a la luz a una metafísica, aunque sea chiquita y en bosquejo.» «Para hacer una salida y conquistar al mundo, ya que nada menos nos proponemos—escribe donosamente a su compañero de aventuras don Ramón de Campoamor—, he buscado el valiente auxilio de un ingenioso matemático poeta: nuestro discretísimo compañero Echegaray.» Pero la apelación al gran dramaturgo doblado de hombre de ciencia hubo de defraudarle totalmente. Matemático ante todo hipnotizado por la idea de «cantidad», de la que hace «el sublime puente por donde pasará el pensamiento al mundo de la materia», don José Echegaray no supo darle otra clave para descifrar los enigmas del mundo. El espíritu aristocrático de don Juan Valera, tan afinado y hecho a percibir los matices más sutiles de las cosas, difícilmente podía avenirse con esa ramplona concepción del mundo y de la vida, tan vulgarizada, no obstante, en la atmósfera intelectual y hasta reflejada en el ambiente político del siglo XIX, que tiende a valorarlo todo en razón de la cantidad, suprimiendo los numeradores cualitativos y reduciendo los seres todos a común denominador bajo el rasero igualitario de la masa y del movimiento local. Sobre esa pretensión que arranca nada menos que de Pitágoras, «ya dijo Aristóteles cuanto había que decir hace bastante más de dos mil años. Quedó entonces tan mal parada la teoría de los números, que parece imposible que Echegaray, aunque tímidamente, dé indicios de querer resucitarla».

De este modo abandonando el terreno de la Cosmología, retorna Valera en busca de una metafísica garantizada a su posición inicial

del psicologismo. Pero el «psicologismo» de Valera no se cifra en ese afán de buscar en la conciencia del yo personal, de un yo clausurado en sí mismo e impermeable a lo exterior o superior a él, que ha hecho estéril la corriente filosófica que hoy se reclama de tal nombre. «Ni al metafísico más extravagante se le ha podido ocurrir—nos dice—que él, el señor don Fulano de Tal, nacido en tal año, que se morirá pronto, y que si vive, está ya viejo y enclenque, anda enfermucha y no tiene un ochavo, es el Creador de los Cielos y de la Tierra.» Por eso la invitación de Valera a sondear la conciencia humana, no se refiere a lo que hay de fragmentario y de efímero en nuestra personalidad individual y aún colectiva, sino a esa «luz de la Razón» impersonal y general que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. «La Razón absoluta, eterna e inmutable, que en mi conciencia se manifiesta, viene allí y no está allí, y supone una conciencia absoluta, eterna e inmutable allí donde reside.» De esa manera, la Metafísica de Valera, tan esquiva frente al problema cosmológico, tan parca en construcciones psicológicas, deriva franca y ampliamente hacia una Teología.

Ahora bien, ¿por qué vías habremos de llegar a este conocimiento de Dios en que Valera parece cifrar el ápice de la metafísica? Escuchemos su respuesta. «Los grados del conocimiento de Dios son tres. El inferior es aquel a que se llega por el estudio y la contemplación del Universo. Esto es, conocer a Dios «fuera de sí.» El segundo grado es conocerle «dentro de sí». Y el tercer grado ya no es asunto de filosofía, por ser todo él sobrenatural y maravilloso: es conocer a Dios «sobre sí», es el éxtasis, el rapto de San Pablo al Cielo.» «Afirmada así la existencia de Dios—prosigue diciendo—, la mente humana trata de formar concepto que con Dios se adecue; pero en nada de cuanto percibe en los cielos y en la tierra halla calidades por donde pueda elevarse hasta concepto tan sublime. Para afirmar entonces algo de Dios, a más de que es, tiene que buscar el alma en su propio centro, la sombra, la imagen, el trasunto del ser divino.» Valera vivió en la época en que se agitaba en España el krausismo, empeñado en buscar una «vía media»—panteísmo—entre la identificación panteísta de Dios con el Mundo y su separación de él. Para Valera esa vía existe en «el entender que Dios está en todo y lo llena y penetra todo con su esencia, con su presencia y con su poder y con su acción.» «Dios no es, pues, el Ser-todo ni el Ser-nada, Dios es el Ser Supremo.» Pero «afirmada una vez esta omnipresencia divina», en ningún punto está Dios más claro, ni más

por esencia y potencia, «ni más cerca de nosotros que en nosotros mismos, allí en el fondo íntimo, inmenso de nuestra alma. Allí hay, pues, que hundirse para buscarle; con el amor, si queremos ser buenos y felices; con la razón y el alto discurso, si queremos conocerle y verle y conocer y ver en El todas las cosas y sus ideas, fundamentos y razones».

Ven estas líneas la luz pública en fecha que parece dar vida al anhelo del glorioso escritor, en que no es difícil advertir en el ambiente de la cultura española el aleteo de inquietudes trascendentes, la nostalgia del «más allá» del vivir prosaico y arrastrado a que se contrae la perspectiva mental de tantos «tecnicistas» al uso. Que el ejemplo y la urgente invitación de don Juan Valera, en este primer cincuentenario de su muerte, señalando la trayectoria por recorrer a la actual generación española, sea un estímulo más que se imponga a sus preocupaciones de pensamiento, como anidó en el del gran literato, visible a través de los celajes de una aparente frivolidad.

(«A B C» Sevilla, 19 mayo 1953.)

## El Caballero Egabrense

«Arrogante apostura, el pelo y el bigote muy negros y lustrosos, naturalmente, vestido y calzado y «enguantado» por buenos artistas. El cuello de la camisa era de los llamados «foques», que él usó durante muchos años, así como la chalina de seda. Llevaba lentes según costumbre de siempre, y su mucha miopía, obligándole a echar un poco hacia atrás la cabeza, cual si buscase más luz de lo alto, contribuía a prestar a todo el sujeto cierto porte al parecer altanero»

Así lo retrata el conde de las Navas, uno de sus más fieles y dilectos amigos. Así don Juan Valera muestra su fina, sensible y aristocrática persona, en Lucena, casa de doña María del Carmen Pizarro y Ramírez, condesa de las Navas; en Doña Mencía, con el alcalde y cacique don Juan Moreno Güeto y con el maestro «Cencias»; y en Cabra, con los Ulloas, los Cuenca-Romero, en su tertulia del «Círculo de la Amistad» o en su casa solariega, en el corazón de la villa.